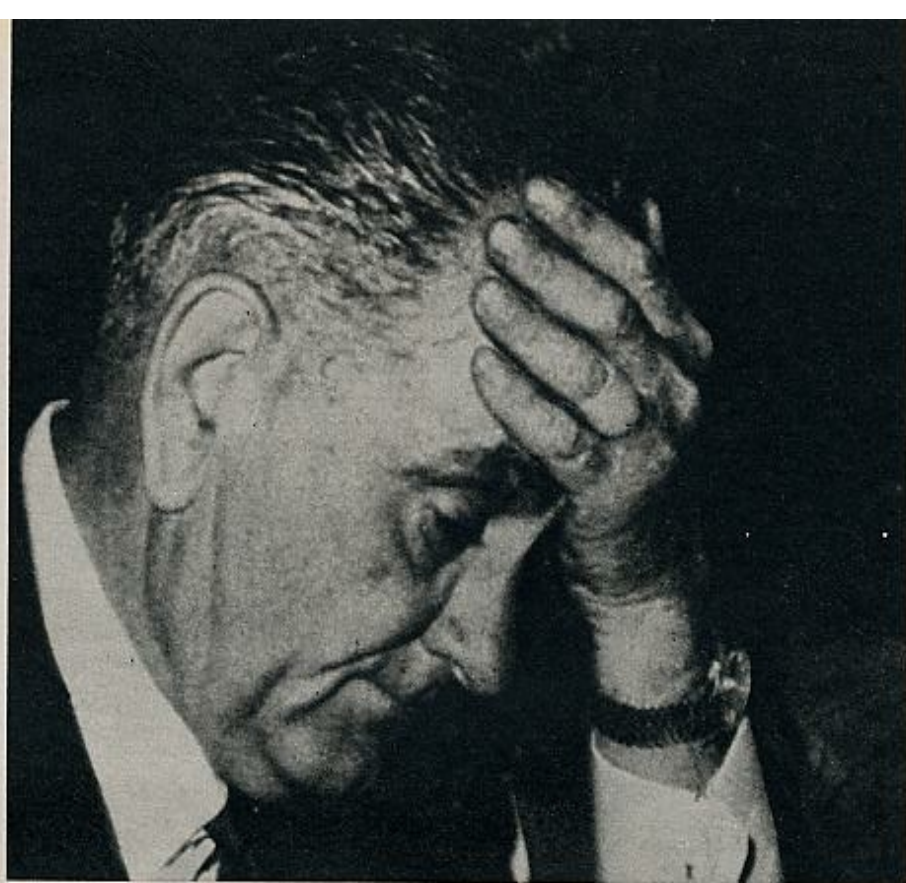


EL TRAGICO ROSTRO I



DE 1966



La política mundial ha tenido otra vez un trágico rostro visible, un rostro sangriento: la guerra sin cuartel del Vietnam. Sobre este rostro se ha puesto, se ha querido poner, un máscara de palabras: la defensa de la libertad, la lucha contra la agresión. Pero por los orificios de la máscara mal ajustada surge siempre la sangre, se ve el rostro mutilado de la guerra. La frustración llega al corazón mismo de los Estados Unidos.

por EDUARDO HARO TEGGLEN

EL ciclorama tembloroso del año cronológico que se nos va de entre las manos ofrece a la contemplación algunas imágenes huidizas, como líquidas. Algunas esperanzas, algunas decepciones. Quizá una característica de nuestro tiempo sea la fluidez, una especie de habilidad que a cada instante nos hace pensar que va a detenerse, a cuajarse, a obtener una coherencia, pero que no se detiene jamás. Buscamos urgentemente algunas ideas fijas, algunos puntos de referencia en el tiempo y en el espacio a los que amarrar, aunque sea provisionalmente, nuestra existencia. Me temo que esto no sea posible nunca más. Me temo que la noción de relatividad haya calado muy hondo en nuestras mentalidades, en nuestras estructuras sociales, en nuestra simple vida diaria y que, de ahora en adelante, nosotros y nuestros descendientes tengamos que vivir siempre con una sensación de provisionalidad, tratando de adaptarnos y readaptarnos a una mutabilidad incesante. Lo que era válido ayer ya no lo es hoy; quizá vuelva a serlo mañana, quizá no lo sea nunca más. Antes se podía ser socialista de toda la vida, monárquico de toda la vida. Antes, un médico, un escritor, un jurista, un filósofo, podía mantener un sistema de puntos fijos ideológicos durante toda su vida y ampliarlos, desarrollarlos, en una sola dirección. Todavía viven entre nosotros algunos individuos que pueden ser espécimen de esta situación inmóvil. No advierten que una idea, como una explosión, se propaga en todos los puntos del espacio. Se les ve perplejos, irritados, inquietos, tratando de apresar entre los dedos este fluido de la vida cambiante, acusando a los demás. Acusando a la época, al tiempo. Acusándolos de locura. La locura es algo de que se acusa frecuentemente a nuestras sociedades. Un congreso de psiquiatría en Madrid, uno de psicología en París, han coincidido en este año que se va en discutir si algunas de las enfermedades mentales del hombre, que ahora proliferan más que nunca (según parece), son producto de la técnica compleja a que se ve sometido, o de la inseguridad militar —atómica— que pesa sobre todos. Me permito creer que más bien un cierto número de irregularidades mentales proceden de esta falta

de plasticidad para adaptarse al continuo cambio de ideas, de referencias.

lecciones de relatividad

La política mundial nos ha dado este año terribles lecciones de relatividad. La política mundial ha tenido, otra vez, un trágico rostro visible, un rostro sangriento: la guerra del Vietnam. Sobre este rostro se ha puesto, se ha querido poner, una máscara de palabras: la defensa de la libertad, la lucha contra la agresión. Pero por los orificios de la máscara mal ajustada surge siempre la sangre, se ve el rostro mutilado de la guerra. Una vez más las viejas palabras de la máscara aparecen profanadas. ¿Valen ya para nuestro tiempo? ¿Se pueden seguir usando y despilfarrando estos conceptos de libertad y de defensa para atenerse a ellos en nuestro tiempo? Ahora ya sabemos que hay mil maneras de considerarlos, de volverlos del revés. Mil maneras de emplear la idea de libertad, que difícilmente coinciden con su necesidad primaria. Pero la lección de la relatividad que nos da la guerra del Vietnam es mucho más concreta, menos especulativa. Hemos visto, estamos viendo, que en este nuevo juego de la guerra —nuevo, por sus características— no hay baza mayor. El peso de un enorme poder se ha desplomado sobre un puñado de guerrilleros y no ha conseguido dominarlos. Este año ha sido el segundo en el que los aviones de Estados Unidos han machacado el Vietnam del Norte, sus recursos económicos, sus vías de comunicación; el objetivo de forzar ese país a una negociación que equivalía a un renunciamiento de sí mismo se ha frustrado. La frustración llega al corazón mismo de Estados Unidos. Johnson se ha visto abandonado por la opinión pública, las elecciones han llevado a pequeños puestos de poder a hombres —en su mayoría— de mentalidad liberal, conciliadora. Es preciso señalar que los Estados Unidos han puesto en marcha esta máquina de muerte probablemente por una serie de errores de cálculo: el más importante de ellos, el de que no podían prever que la tragedia iba a alcanzar el punto actual. Pero en los Estados **SIGUE**

El peso de un enorme poder se ha desplomado sobre un puñado de guerrilleros y no ha conseguido dominarles. Este año ha sido el segundo en el que los aviones de Estados Unidos han machacado el Vietnam del Norte. El objetivo de forzar a este país a una negociación, equivalente a una renuncia, se ha frustrado.



Unidos hay también unas concretas máquinas de vida, y muchas de las esperanzas de nuestro tiempo actual tienen allí su cuna. Un reciente estudio de la Universidad de Carbondale (Illinois) señala algunos de los hechos principales que ayudan a la configuración del mundo en que vivimos.

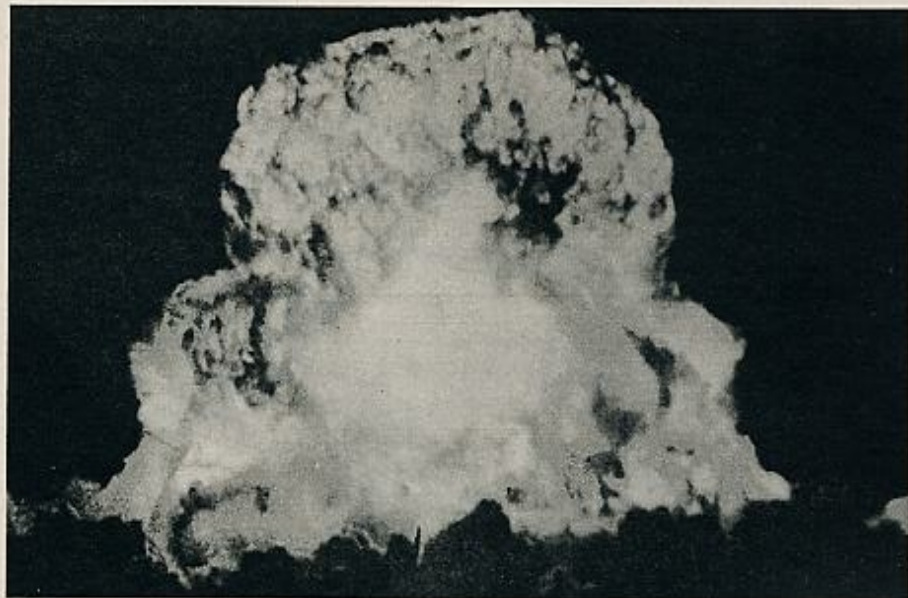
El primero, el más visible, es el de la nueva «pequeñez» de la Tierra, como consecuencia de la aplicación de la velocidad a los transportes. Se consiguen 2.000 millas por hora dentro de la estratosfera; 400.000 en los vuelos espaciales. Pero esta pequeñez física de la Tierra, aun siendo muy significativa —nuestro país, recibiendo quince millones de turistas por año, exportando millones de españoles al extranjero, es una muestra de la permeabilidad de estas corrientes causadas por el aumento de la velocidad y de la cantidad de medios de transporte— es apenas insignificante comparada con la agrupación «moral», gracias a los medios de difusión de la información: el campo auditivo, visual, intelectual del hombre se ha prolongado de una forma asombrosa hasta el punto de que los medios represivos —las distintas censuras— están muriendo de muerte natural. No es posible hoy mantener un país o un sector social en un compartimento estanco, privado de los datos de información que le parecen irregulares a los censores. La Universidad de Carbondale señala también como un hecho positivo la prolongación de la vida humana. En un país desarrollado era de cincuenta años, en 1900; de sesenta y siete años, en 1946; de setenta años en 1966. No se trata solamente de una conquista puramente demográfica, de una repercusión sociológica o humana. Tiene consecuencias importantes en el desarrollo ideológico y científico del mundo: un investigador no tenía tiempo suficiente para llegar a las últimas consecuencias de sus estudios, porque la muerte le sorprendía antes. Veinte años más en su vida pueden ser trascendentales para la conclusión de sus estudios. Pronto se verá cómo la actual idea de limitar a cuarenta-cuarenta y cinco años la edad máxima para ocupar ciertos puestos de responsabilidad es un error científico.

ciencia y política

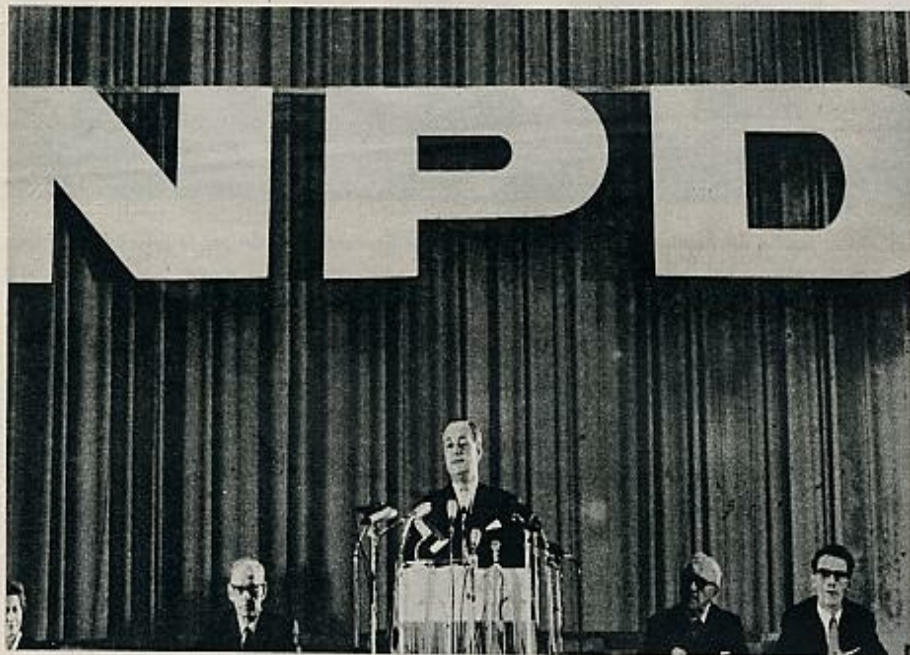
Quizá el largo informe —cuatro volúmenes— de la Universidad de Carbondale tenga como pecado uno muy típico de este tiempo: el cientifismo. Niega la política. Entiende que sería un grave error creer que las reformas políticas serán capaces por sí solas de resolver los problemas planteados. «Sólo la revolución de la ciencia prospectiva puede hacer salir del punto muerto a la humanidad. «La revolución de la ciencia prospectiva es la única revolución incruenta que puede ser aceptada por los hombres de todas las razas, de todas las creencias o de todas las naciones, porque es la única vía por la cual pueden ser eliminados y satisfechos los deseos humanos, cuya frustración conduce a la guerra».

Una mirada en torno nos permite ver que la ciencia y la tecnología siguen siendo administradas por la política. La bomba atómica es un hecho científico. Cierta metafísica contemporánea entiende que la bomba atómica es una creación de nuestra sociedad para autocastigarse, para eliminarse a sí misma como consecuencia de haber seguido una vía moral errónea. Esta concepción pesimista del subconsciente de la Humanidad no coincide con lo que sabemos del camino de la historia: esto es, que se trata de un progreso incesante y continuo en el sentido de la perfección. La bomba atómica es un subproducto de la ciencia y de la técnica progresivas. Einstein no pensaba en la bomba atómica cuando enunciaba los principios científicos que llevaron a ella. Einstein era un pacifista y trabajaba en beneficio de la Humanidad. Fue él mismo quien advirtió, por una carta a Roosevelt, de los peligros de la fisión nuclear. No es una casualidad que sea Einstein el que haya introducido científicamente la noción de relatividad en nuestra época y quien haya dado los elementos posibles para la creación del arma nuclear. La bomba atómica es uno de los factores de relatividad más importantes de esta época. Es, en sí misma, relativa. Su posesión no protege. El comité Gaither realizó en los Estados Unidos un estudio sobre la seguridad absoluta, y llegó a esta conclusión: «Desde la segunda guerra mundial la potencia nuclear de los Estados Unidos no ha cesado de crecer y, paralelamente, la seguridad nacional ha disminuido aún más rápidamente». El estudio se basa en los amuebles inevitables de una guerra nuclear, aún ganada: a

EL TRAGICO ROSTRO DE 1966



El contrapunto a las intenciones de desarme es abrumador: el cuarto ensayo atómico chino; el nuevo ensayo de un artefacto francés; las nuevas armas presentadas en la Plaza Roja; las declaraciones belicistas de McNamara y las explosiones subterráneas de Nevada. Los progresos militares en materia nuclear fueron más grandes que los políticos en materia de desarme. Y la carrera armamentista continúa sin fin previsible.



El fenómeno del resurgimiento de los neonazis en Alemania Federal ha inquietado a la opinión pública.

principios de 1950 se cifraban en unos cuantos millones; a fines de 1950 —con la bomba H en manos del enemigo en potencia— alcanzaban ya decenas de millones. Hoy, con los cohetes de cabeza termonuclear, el número de muertos inevitables en Estados Unidos como consecuencia de una guerra se calcula en unos cien millones. Jerónimo Wiesner, decano de la facultad de ciencias del Instituto de Tecnología de Massachusetts (Kennedy hizo de él uno de sus «ayudantes especiales») cree hoy que no hay solución científica a esta situación planteada tan nítidamente. «La única salida —escribe— está en el desarme obtenido por medidas progresivas, a pesar de las dificultades que ello comporta. Es decir, que el problema es político».

desarme-contradicciones

Este año de 1966 ha supuesto algunos avances verbales en el camino del desarme: algunas negociaciones directas entre la URSS y los Estados Unidos, una sesión eficaz de la Asamblea de las Naciones Unidas, la creación de un comité de naciones no nucleares que defiendan sus intereses frente a las naciones nucleares.

El contrapunto a estas sanas intenciones estaba dado por el cuarto ensayo atómico chino —esta vez, con la utilización de un cohete propulsor de la bomba—, hecho casi al mismo tiempo que se reunía la Asamblea General de la ONU; el nuevo ensayo de un artefacto francés; en las nuevas armas presentadas en la plaza roja; en las declaraciones de McNamara y las explosiones subterráneas de Nevada. Los progresos realizados durante el año en materia nuclear militar han sido más avanzados que los políticos en materia de desarme. Pero los acontecimientos, la proximidad de un conflicto mayor como consecuencia de la guerra del Vietnam, han acentuado la necesidad de llegar a una solución política del problema, de este regalo envenenado, como dice Wiesner, que la ciencia ha hecho a la política.

el ejemplo de alemania

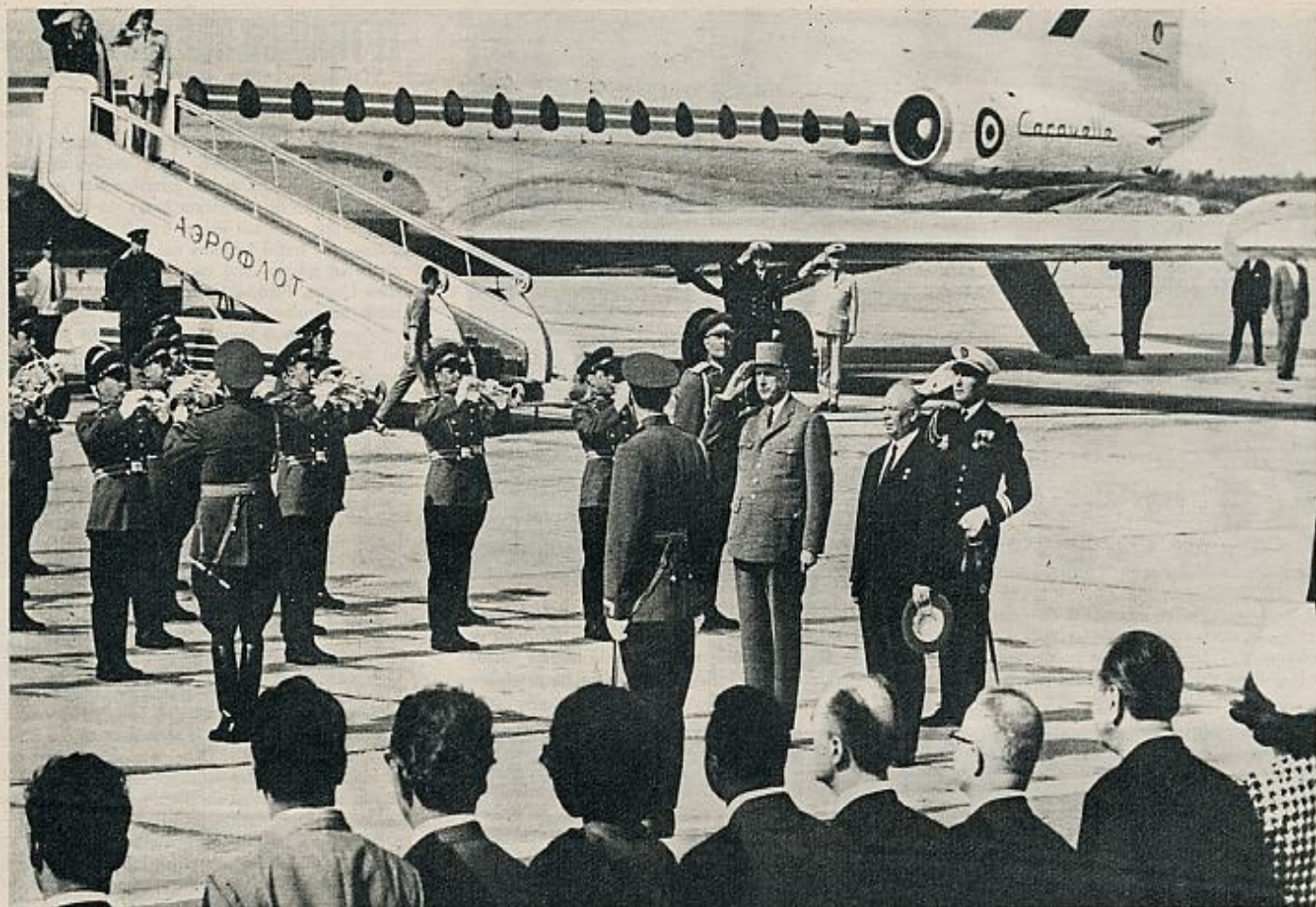
La tesis de la no proliferación ha alcanzado de lleno a una nación que vivía de una doctrina de guerra fría: Alemania Federal. Es quizá uno de los ejemplos más claros que se pueda ofrecer del peligro de la

falta de plasticidad política en nuestro tiempo. Alemania Federal fue un estado que se creó por una parte como consecuencia de una guerra perdida, por otra como previsión de una guerra futura. La guerra perdida le dejó frustrado de sus ánimos expansionistas, que no eran menos legítimos que los que estaban poniendo en práctica otras naciones de occidente —Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña...— en el «segundo imperialismo» de la época entre dos guerras, pero que en ella se manifestó bajo la forma aberrante del nazismo. La posibilidad de una tercera guerra mundial, y la configuración del mundo como si esa guerra se fuese a producir, creó en Alemania un estado-tapón. Su partido dominante, la CDU, o una forma alemana de la democracia cristiana, respondía a una forma de democracia rígida que tratase de superar el renacimiento del nazismo y al mismo tiempo se opusiera al comunismo y otras formas de la extrema izquierda. Un ejército reapareció en una nación de índole militarista; un organismo occidental —la OTAN— le dio entrada en el mundo de sus vencedores. Una partición del país, unas fronteras empujadas, le daban cohesión nacional, en forma de imperativo ideológico. Pero Europa ha dejado de ser el escenario geopolítico de la actividad americana. El ejército alemán se ha dado cuenta de que se ha quedado en el vacío; ya no va a alcanzar la bomba atómica, ya la OTAN se desintegra, ya se disuelve poco a poco el telón de acero, y se aproximan, en esta zona del mundo, el Este y el Oeste. Alemania Federal no ha tenido la plasticidad suficiente como para adaptarse a la nueva situación. Sus doctrinas se habían sacralizado. Estado fronterizo, no ha sabido aprovecharse de la nueva frontera. El esfuerzo que supuso el cambio de Adenauer a Erhard fue infructuoso. Erhard ha caído sin dejar de aferrarse a sus posiciones, a sus ideas fijas, sin comprender por qué el mundo se desmoronaba en torno a él. Los dos partidos rivales, que se han atacado a mordiscos durante años, la socialdemocracia y la democracia cristiana, buscan ahora la forma de unirse, de nutrirse el uno del otro para mantener el simulacro de las formas. Pero en torno a ellos y a sus combinaciones resurge, por un lado, el fantasma del nazismo, como consecuencia de esta segunda frustración histórica. Los neo-nazis —en el fondo, los nazis de siempre— afloran a la superficie en algunas elecciones provinciales —como las de Hesse—, en las rabotadas de algunos jefes militares decepcionados y nostálgicos, en algunos movimientos juveniles; por otro lado, los jóvenes de Frankfurt escuchan las canciones pacifistas de Joan Baez, los intelectuales del grupo 47 se rebelan contra el absurdo de una política arcaica, los nuevos autores del poderoso teatro alemán definen la crueldad, el absurdo, la simpleza de espíritu en que se desarrolla la vida política del país.

contraplano: francia

El contraplano de esta imagen podría estar representado por la curiosa Francia del general de Gaulle. Si alguien parecía poco indicado para la plasticidad, para hacerse cargo de la fluidez del mundo, era este general «de rostro orgulloso y triste de perro de la península del Labrador», como le definía Lawrence Durrell en el momento en que empezaba a surgir el barro informe que era la Francia derrotada. De Gaulle era una estatua de sí mismo, un mito, una especie de Buda viviente francés, fijado para siempre en la historia, convertido ya en leyenda y en literatura de una época. De Gaulle ha sabido romper el mármol frío de la historia y ofrecer una sensación de movilidad. En este «second souffle», en esta soledad de corredor de fondo, trata cada día de readaptarse a un mundo variable y cambiante. Cualquiera examen superficial de sus textos nos dará una impresionante colección de contradicciones. Este hombre que despreciaba a los chinos, «innumerables multitud amarillas», les envía ahora sus embajadores y sus ministros; este bastión del mundo anticomunista de Europa visita a los jefes soviéticos en Moscú y les recibe en París, cuyo Arco de Triunfo niega a la encorvada y desgarrada silueta de Johnson; este hombre que aprendió en Londres a dibujar la Cruz de Lorena agranda cada día el canal de la Mancha; este hombre que regresó a la Francia liberada en pos de los

SIGUE



La actividad de De Gaulle ha sido intensa: viajó este año a ver su bomba del Pacífico, ha visitado Moscú y ha seguido atacando a USA por la guerra de Vietnam.



Mao ha utilizado la fuerza de la juventud china —«los guardias rojos»—, que de haber sido reprimida se hubiese manifestado más tarde o más temprano.

tanques americanos acusa ahora a esos tanques de crear un peligro de guerra y expulsa de su territorio las bases americanas. Sin dejar de ser siempre el mismo —orgulloso, lejano, despectivo, nacionalista, irónico— es cada vez cambiante. Ha viajado este año a ver su bomba en el Pacífico, a impulsar la resistencia contra Estados Unidos en la península Indochina, a dar la mano a los jefes soviéticos en Moscú. La gran diferencia entre de Gaulle y otros dirigentes del mundo occidental quizá sea un problema de edad. Mientras otros pretenden durar, aun a costa de fosilizarse, de Gaulle tiene prisa: sabe que no puede durar —su tiempo vital está terminando— y quiere apurar los ciclos históricos.

china - urss

Una lección más de este juego de relatividades surge de la contemplación del diálogo hostil de dos potencias que fueron un día aliadas íntimas, que volverán a serlo en el futuro sin duda: la URSS y China. Mientras la URSS evoluciona incesantemente desde la muerte de Stalin en el sentido de la adaptación, de una adaptación casi biológica a los nuevos datos del mundo —como las especies han evolucionado para adaptarse a la naturaleza— China se ha enquistado en una forma fija del marxismo. La URSS se hace dócil, China se hace rígida. China probablemente no tiene otra opción, amenazada como está en sus fronteras y en su propia existencia, que la de un fortalecimiento ideológico. La duda está aquí planteada en la misma forma que en la contraposición Francia-Alemania: ¿se fortalece más quien se aferra a una línea fija o quien se nutre de la variación de la época? China, sin embargo, ha dado una interesante lección de táctica al mundo que demuestra que el viejo genio intelectual de Mao She Tung no ha muerto. Es precisamente un movimiento de plasticidad. El ejidote, la lucha japonesa, enseña —y es una base de todo el pensamiento oriental— que se debe aprovechar la fuerza del adversario en el sentido favorable a sí mismo; al pesado enemigo que se lanza sobre uno se le puede dirigir de forma que su propia fuerza, su propio impulso, le haga caer y estrellarse en el suelo. Es, en el fondo, la filosofía de las guerrillas del Vietnam. Mao, en este caso, ha aprovechado en su propio sentido la fuerza de la juventud de su país. La creación de la guardia roja, la entrega a la juventud de una misión y de una actividad, es la utilización de una fuerza que, de haber sido reprimida, se hubiese manifestado, tarde o temprano, en contra. Es posible que esta forma táctica del viejo pensador político sea, a la larga, de resultado negativo; pero de momento constituye un aplazamiento de los problemas profundos —políticos, sociológicos, militares— que se plantean a la recién renacida China.

juventud sin canales

Occidente, la misma URSS, no parecen haber advertido más que como un fenómeno negativo este trascendental movimiento de liberación de la juventud al que estamos asistiendo. En lugar de canalizarlo, de darle un sentido, de aceptarlo simplemente, se ponen obstinadamente frente a él. Hay un movimiento de pánico entre los mayores que dirigen el mundo al ver avanzar esa marea ascendente. La reacción propia del pánico es la represión, y la reacción contra la represión es la violencia. La violencia engendra un nuevo pánico... Los adolescentes de la abundancia como les llaman —poco felizmente— los sociólogos necesitan una participación racional en un mundo que es tan de ellos como de los otros, en una política donde se decide su vida o su muerte. La delincuencia juvenil de la que ha habido este año varios casos extremos —el último, el del asesino del salón de belleza, en Estados Unidos— no tiene el significado que con mala voluntad se le quiere dar, como una contrapropaganda. La delincuencia juvenil es probablemente un síntoma extremo y patológico de la incomodidad de una enorme, creciente masa juvenil desplazada, que emplea su actividad en el yacío porque no se le permite llenarlo con nada. En este gran barrido de ideas fijas, de puntos invariables, que caracteriza nuestra época, los jóvenes ofrecen la máxima plasticidad —precisamente una definición psicológica de la vejez es la de la falta de plasticidad— y al mismo tiempo son las víctimas de los principales obstáculos para aplicarlos, como consecuencia de una sociedad que es al mismo tiempo patriarcal y paternalista. Se



EL TRAGICO ROSTRO DE 1966

El beatnik representa solamente a una cierta juventud; es la ilustración de una sociedad que lleva a rebeliones, unas veces epidémicas, otras más profundas, por no ofrecer ideales seductores que puedan integrar a todo el cuerpo social.

les obliga a adaptarse a unas formas que ya no son naturales, que no son aquellas a las que tiende su naturaleza y su sentido. El mundo de los mayores ha dejado de parecerles respetable e imitable para ser, simplemente, ridículo. La pequeña revolución de Carnaby Street tiene un sentido. Los padres de estos adolescentes de Londres eran aquellos, retratados por Somerset Maugham, que se sentaban solitarios a cenar en «smoking», entre dos candelabros, en un lejano puesto colonial en la selva de África. Aquella imagen estaba hecha para impresionar al indígena suduroso y desnudo y convencerle de una cierta magia del hombre blanco; en un tiempo imperial, descrita por poetas imperiales, era conmovedora y grandiosa. Hoy es simplemente cómica. La liberación del peso colonial ha dejado a los jóvenes de Carnaby Street en situación de no soportar más tiempo la inhumana obligación de ser respetables por sus iguales, de ser cómicamente tristes y solemnes, para ser simplemente seres vivos de un mundo que quiere estar vivo. En el fondo el joven «dandy» impecable de Londres está absolutamente emparentado en sus motivaciones con el «beatnik» deliberadamente desarraigado de los Estados Unidos: esta es una reacción contra la solemnidad del imperio económico, del culto al dólar, de la lucha por el ascenso. La austeridad despectiva del «beatnik» vuelve ridículo el esfuerzo capitalista. El hombre que se mata —infarto de miocardio—, que se vende, que se esclaviza y se pervierte moralmente por conseguir un ascenso a jefe de sección en un almacén de ropa hecha se ve de pronto reflejado en el espejo burlón del «beatnik», en la barba descuidada y la vieja guitarra mal pulsada de su hermano libre. Pero ya es tarde para retroceder, ya está ahorrado, ya no sabe cuál es el camino. Ya no le queda más recurso que odiar al «beatnik». Que tampoco, claro, representa la juventud, ni el ideal, ni el futuro, pero que es una ilustración permanente de las zonas negativas de nuestras sociedades.

cuidado con el futuro

Vamos a tener que acostumbrarnos ya a vivir eternamente en un mundo de ideas cambiantes. Se dice

que estamos en un fin de era, y nada es más seguro. Pero se dice que, por consiguiente, estamos en el principio de otra, y nada es menos seguro si tomamos la idea de época como el establecimiento de la vida de las comunidades humanas sobre unas normas fijas de civilización y de cultura, sobre unos dogmas de los llamados eternos —es decir, válidos hasta la era siguiente—, sobre unos puntos de referencia. Muy probablemente la nueva civilización —si esta palabra no resulta ya demasiado carente de sentido, demasiado grotesca— sea la de la revisión continua de nuestro mundo de relaciones. Se buscan cuáles van a ser las coordenadas del futuro y los pensadores no aciertan. Probablemente no aciertan porque no habrá coordenadas, más que las simplemente naturales e inevitables, y no las creadas por falsillas de civilizaciones efímeras. Para Arthur Koestler, es de temer «el crecimiento de un sentimiento de inseguridad fronterizo con la neurosis colectiva y con la angustia». Para Bertrand Russell, el mundo de veinte años no plantea problemas: simplemente «no habrá seres humanos». Madariaga cree que la humanidad «en tanto que consciencia de sí misma» acaba de comenzar. Toynbee profetiza una disminución continua de la fuerza del Estado en pro de un aumento de la fuerza moral del individuo: «Considero que la moral privada es la única auténtica moral. Si el Estado la viola, debo oponerme, aun arriesgándome al martirio. Los estados no son dioses; no son más que servicios públicos. Cuando nos ponemos a adorar un Estado nos exponemos a atraer la catástrofe sobre nosotros mismos, y nos la hemos merecidos».

Este año que muere, estos 365 días a los que nos atenemos en una sujeción a las formas clásicas del paso del tiempo, nos ha dejado esta sensación de demolición de algunas ideas fijas, esta premonición de que la lucha entablada entre los poderes inmovilistas y los deseos de cambio de las mayorías —que no son en el fondo más que un disfraz de la eterna lucha entre los que comen y los que no comen, elevada a ciertos matices intelectuales— va a continuar, se va a extremar, se va a hacer más dura todavía...